

SOLIDARIDAD EN EL DESARROLLO

La historia del progreso humano demuestra que los imperativos técnicos y morales coinciden con la utilidad económica. El bienestar de los países desarrollados necesita comunicarse con los países en desarrollo. Estas son las ideas básicas de la intervención de Vittorio Vaccari —secretario general de la UCID italiana— en el XII Congreso Mundial de la UNIAPAC (Union Internationale des Associations Patronales Catholiques), que tuvo lugar en México del 21 al 24 de octubre de 1964. La hemos sintetizado de la revista ESTUDIOS EMPRESARIALES, 1965, Nº 3, pág. 79-104.

El bienestar aparece como un ideal asequible y como un derecho moral legítimamente reivindicable.

La interdependencia existe entre los sistemas económicos de los distintos países.

Hoy, todos los países tienden a considerar el desarrollo económico como una necesidad moral y una posibilidad técnica accesible para todos. La evidencia del bienestar alcanzado por otros tiene un importante efecto psicológico demostrativo. Hasta en los países menos evolucionados llegan a ser imposibles la resignación al subdesarrollo y la espera pasiva.

El aumento de la productividad de los países adelantados está destinado a perderse sin una elevación paralela en los menos adelantados, que permita el crecimiento de la demanda internacional. Tal solidaridad en el progreso económico debe convertirse en una **colaboración** consciente que puede expresarse con instrumentos técnicos y objetivos adecuados.

El problema de las instituciones

La solidaridad internacional implica una base ideológica de general observancia y sistemas institucionales adecuados.

En este mundo, cada día más pequeño, la eliminación de las desigualdades en el nivel de vida de los pueblos y el desarrollo armónico de las diversas economías se convierten en la condición fundamental de la pacífica convivencia internacional. Las disparidades son de todas clases; no sólo económicas o sociales, son también políticas, jurídicas e institucionales. En consecuencia, la estrategia de la industrialización y progreso económico-social debe tomar en cuenta estas disparidades en los puntos de partida para ver de eliminarlos. Para ello se requiere una visión coherente de las condiciones que son la base para encaminar una política de equilibrio y de unificación de las economías mundiales. Una base ideológica de común aceptación no podrá elaborarse sin una visión del problema independizada de los intereses particulares o conservadores de viejos privilegios. Sólo colocándose en esa posición de desprendimiento será posible alcanzar la transformación económica ideal. La disparidad institucional y jurídica debe, cuando menos, preocupar tanto como la económica y social, porque ésta a menudo es un mero reflejo y manifestación de aquélla.

Factores y obstáculos del desarrollo económico

Los factores reales tienen signo positivo.

En el examen de los factores reales la ciencia económica suele registrar:

- 1) Incremento demográfico;
- 2) Tendencia de la población a mejorar el nivel de vida;
- 3) El progreso científico y técnico;
- 4) Apertura de nuevos campos comerciales.

Los esfuerzos para encontrar nuevos mercados y un comercio internacional más libre constituyen la expresión de una "común voluntad" y ha contribuido a que se tome en cuenta la integración económica de los diversos países a través de experiencias de comunidades internacionales intermedias.

Diversa es, al contrario, la situación del factor institucional (=conjunto de organismos, leyes y reglamentos). Las desigualdades entre las distintas zonas son muy notables y disminuyen —a menudo entorpecen— el desarrollo económico de los países menos avanzados.

Las mismas observaciones pueden hacerse por lo que toca al factor monetario y crediticio, que en los países en proceso de desarrollo es habitualmente defectuoso, verdadera rémora del progreso económico y social.

La rigidez de estructuras anticuadas grava el desarrollo, exaspera las desigualdades y favorece los privilegios.

La incomunicabilidad de las clases sociales ahoga los incentivos.

La industrialización de un país debe considerarse como el punto clave de su desarrollo.

El proceso de industrialización no es un algo espontáneo y exige la presencia simultánea de varios factores.

El capital es una voz más del coro.

Por tanto, para convertir en eficiente la solidaridad internacional hay que deslindar los factores que entorpecen el desarrollo y, si es posible, eliminarlas. Ante todo, la **rigidez de estructuras anticuadas**, verdadera hipoteca que grava el desarrollo para beneficio de grupos sociales, de intereses y presiones. Esta hipoteca frena la difusión de las innovaciones técnicas, productivas, de intercambio...

Una organización de esa índole altera los precios y acaba provocando que se exasperen las desigualdades y desequilibrios entre las clases sociales, entre los sectores productivos, entre las regiones y hasta entre las diversas empresas de un mismo sector. El sistema fiscal se convierte en objetable por la amplitud de los fraudes que permite o por la impunidad con que resguarda a los beneficiarios de favores y privilegios.

Pero el tipo de rigidez que mayormente frena al desarrollo económico es el que **mantiene permanentemente cerradas**, estáticas e incomunicables entre sí, a las diversas clases sociales. Impide en este caso la apreciación de las cualidades y talentos personales y la consiguiente posibilidad de ordenarlas según su mérito. Ahoga los incentivos más auténticos para la formación y la defensa de los patrimonios personales y familiares.

La industrialización dentro del desarrollo

La industrialización aumenta las dimensiones del mercado, eleva los rendimientos, incrementa las necesidades en relación con las nuevas formas de vida asociada, difunde técnicas que elevan el nivel de aptitudes de la población, diversifica la producción y mejora la situación de los cambios con el exterior. La experiencia histórica revela que el sector industrial surge como **la fuerza motriz del moderno proceso de desarrollo** intensivo de la economía. Las relaciones de interdependencia entre los tres sectores y las respectivas mudanzas que se efectúan en las fases sucesivas del desarrollo se expresan en el índice sintético de la productividad. En la industria es máximo el incremento de la productividad y sus productos de base ayudan a difundir ese mismo incremento en el sector primario y también en el terciario.

Conviene, sin embargo, recordar que **nada de esto sucede espontáneamente** y que toda sana política de desarrollo debe aspirar a:

- 1) La tasa óptima de aumento de la riqueza;
- 2) Las justas proporciones de su distribución entre los factores productivos, entre el consumo y el ahorro, el sector privado y el público de la economía nacional.

El análisis teórico y la experiencia han revelado la necesidad de que varios factores concurren simultáneamente:

- 1) Un nivel mínimo de alfabetismo y la adecuada competencia técnica de la minoría a que se confían las tareas de gobierno y dirección;
- 2) Ordenamiento de las actividades primarias en tal modo que favorezca el proceso de industrialización (sobre todo, modernización de la agricultura);
- 3) Una estructura gubernativa y de la administración pública apta para asegurar políticas adecuadas para el desarrollo industrial;
- 4) Aumento de ahorro por parte de las actividades primarias y, en particular, de la agricultura. Unido a una integración eficaz entre actividades primarias y la industria para evitar eventuales fenómenos patológicos propios de toda transformación;
- 5) Un sano ordenamiento del sector terciario. Su excesiva rigidez o pesantez puede producir un descenso de la productividad global y comprometer el aumento de los salarios reales;
- 6) Una visión clara de que el desarrollo se realiza mediante el empleo ordenado, armónico y progresivo de una pluralidad de factores que pueden ser objeto de coordinación, unificación e integración.

Cuando existan estas condiciones, la intervención en gran escala del factor capital puede ser determinante. Teniendo como base la experiencia, nos parece correcto afirmar que el capital se convierte en factor determinante donde le apoya un concepto adecuado del desarrollo y un conjunto de planes realizables capaces de eliminar los obstáculos tradicionales y a propósito para perseguir gradualmente metas bien definidas que se acogen en forma deliberada.

Momentos y condiciones de la industrialización

En primer lugar se requiere la ruptura de las situaciones de privilegio de la sociedad tradicional y la modernización de las relaciones económicas en

Todo proceso de industrialización tiene necesidad de abundantes capitales.

El empréstito exterior, expresión de solidaridad internacional.

un ambiente institucional social y humano. La diferencia entre los diversos sistemas económicos radica en la manera más o menos espontánea, más o menos forzada de ahorrar. En una sociedad en desarrollo, en que los ingresos del trabajador son necesariamente bajos, la acumulación de capital se vuelve difícil. Urge, pues, una política específica para acumular capitales.

Se trata de utilizar el instrumento fiscal. Por otra parte, el empréstito exterior se considera hoy como **el factor más rápido para estimular la industrialización** y es una expresión concreta de solidaridad internacional y hasta de propósito socio-político tendiente a crear en el país condiciones humanas favorables.

Por un lado hay quien sostiene que la ayuda exterior debe distribuirse a los países en proporción inversa a sus respectivas rentas "per cápita". Por otro lado están los defensores de la tesis de los "polos de desarrollo", para los cuales es más conveniente concentrar las ayudas. Este segundo grupo se apoya en la experiencia histórica del Plan Marshall. En la práctica ni la primera ni la segunda tesis pueden aceptarse en términos exclusivos, pues en la apreciación de la ayuda internacional entran motivos extra-económicos de carácter político o estratégico.

La ayuda financiera internacional

Según las estadísticas de la ONU, y del Fondo Monetario Internacional, la clasificación de los países latinoamericanos, tomando como base la renta per cápita (en dólares) durante el período 1949-1959, es como sigue:

	Renta per cápita	Ayuda ideal	Ayuda real
Venezuela	760	2,06	3,44
Cuba	300	5,22	7,58
Uruguay	297	5,27	29,17
Brasil	273	5,74	24,36
Chile	273	5,74	56,93
Feder. Indias Occidentales	241	6,26	46,64
Argentina	228	6,78	33,65
Colombia	197	7,95	24,16
El Salvador	182	8,60	16,75
Guatemala	168	9,32	24,31
México	159	9,85	20,26
Honduras	151	10,37	19,78
Ecuador	147	10,65	25,58
Rep. Dominicana	131	11,95	0,69
Costa Rica	125	12,53	36,13
Nicaragua	115	13,86	25,30
Perú	101	15,30	32,54
Paraguay	96	16,31	22,29
Martinica, Guadalupe	75	20,88	295,68
Haití	67	23,37	19,23
Bolivia	55	28,47	50,63

Ayuda que reciben los países latinoamericanos.

Como se ve, hay un escaso paralelismo entre la distribución hipotética equitativa (=cuota media por habitante en proporción inversa a la renta per cápita) de la segunda columna y la distribución efectiva de las ayudas internacionales (=dólares recibidos por habitante) reflejada en la tercera columna. Esto confirma la existencia real de otros criterios, de tipo no económico, en la distribución de las ayudas y que en América Latina se ha tenido en cuenta la tesis de los polos de desarrollo.

Situación actual de las ayudas

Es interesante observar que el 90% de las ayudas recibidas por los países en desarrollo proceden de países miembros de la DAG (Grupo de Ayuda para el Desarrollo)—y llegaron en 1963 a 8.150 millones de dólares—, en tanto que los países socialistas les proporcionan sólo un diez por ciento del total. Se prevé que las ayudas aumentarán con una contribución variable entre un mínimo del 0,5% del producto nacional bruto y un máximo del 2% según la capacidad económica de los países contribuyentes. Nos parece útil recordar la formación del Trade Development Bureau (TDB) en la Asamblea General de la ONU. Ese Consejo fomentaría un diálogo continuo entre los países económicamente avanzados y los que están en proceso de desarrollo.

Creciente interés de los países industrializados y diálogo con los que están en proceso de desarrollo.

Las modernas teorías han logrado determinar la cuota óptima de ahorro e inversión que se requiere para lograr un nivel óptimo de desarrollo. Esta cuota óptima se ha fijado en el 26,4% de la renta nacional bruta. En América Latina se llega en algún caso, al 20%, pero a menudo queda por debajo y desciende hasta el 10% de la renta nacional. Así sucede que el **ritmo de desarrollo económico continúa siendo inferior al incremento demográfico**. Por lo mismo, no basta con los empréstitos gubernativos y de institutos internacionales, es necesario contar con la ayuda de capitales privados en las diversas formas de abastecimiento de mercancías, mecanismos de crédito, participación en grandes empresas, nuevas instalaciones creadas por el capital extranjero con participación del nacional.

Dos nuevos organismos han surgido para coordinar y encauzar las inversiones e iniciativas privadas hacia América Latina. La Atlantic Community Development Group for Latin America (ADELA), creada por un grupo de operadores económicos americanos y europeos en abril de 1963, y el Comité Europeo para la Cooperación con la América Latina (CECAL), organizado en París el 21 de mayo de 1963 por un grupo de adherentes de la UNIAPAC. Con la ADELA se procura contemplar el esfuerzo que los Estados Unidos realizan con la Alianza para el Progreso, pidiendo a los operadores de los países miembros de la OCDE que proporcionen su ayuda para el mismo fin.

Dos organismos privados de ayuda para América Latina.

Objetivos de la solidaridad internacional

De todo lo hasta aquí dicho nos parece se deducen los siguientes objetivos:

- 1) Promover la industrialización más rápida dando preferencia a las iniciativas privadas;
- 2) Favorecer los intercambios comerciales entre las naciones, en condiciones más beneficiosas a las que están en vías de desarrollo;
- 3) Facilitar la transferencia de las nociones técnicas, políticas y organizativas desde los países más avanzados con miras a lograr el aumento de la productividad;
- 4) Adoptar nuevas iniciativas para ampliar el suministro de ayudas financieras y aumentar el área de países que pueden suministrarlas;
- 5) Mejorar las condiciones para las ayudas financieras;
- 6) Coordinar la actividad de las empresas y bancos que colaboran para este fin;
- 7) Acrecentar la interdependencia entre el comercio internacional y las ayudas financieras.

La simple enunciación de estos objetivos amplía el horizonte del compromiso para los países industrializados y que llega hasta la reorganización de las estructuras interiores de las propias economías nacionales y a la revisión de los procedimientos del comercio internacional. De hecho, en estos últimos años el incremento de la productividad en general no ha traído menores precios, sino utilidades mayores y salarios más altos. En consecuencia, las ventajas del desarrollo logradas en una nación o continente quedaron circunscritas a la misma zona, sin tener posibilidad de difundirse a otras economías. Como en estas condiciones el intercambio resulta provechoso para los países ricos y desfavorable para los pobres, se produce un proceso acumulativo al tenor del cual los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. No se equivoca quien afirme la necesidad de una lógica apoyada en planes regionales de desarrollo elaborados a un nivel nacional y supranacional. El progreso socio-económico se revela cada vez más como un progreso global, con sus inevitables costos y sacrificios, con la convicción de servir al Bien Común y la paz mundial.

Responsabilidad de los países industrializados con miras a un progreso verdadero que beneficie a todos.

La solidaridad internacional y la dirección económica

Crece el convencimiento de que el principio de solidaridad debe convertirse a la vez en una premisa ideológica y en un criterio operativo. Ese principio tiene validez en la experiencia histórica que ha demostrado los límites y la ineficacia del puro criterio utilitarista. El comercio contribuye a darles valor a los recursos de los diversos países con beneficio de todos los que intervienen. Pero no basta para encauzar un proceso orgánico, ni para resolver los problemas de la agricultura y de las materias primas, ni para elevar el tenor de vida de una población o contener o disminuir la desigualdad de desarrollo. La realidad histórica europea muestra asimismo la imposibilidad de realizar un proceso económico equilibrado cuando no se toman en cuenta determinados criterios humanos y, en particular, el de hacer que la equitativa repartición del bienestar logrado sea un incentivo para la colaboración y el progreso de todas las fuerzas sociales.

Principio de solidaridad en lugar de criterio utilitarista.

Dirección cristiana al problema del desarrollo.

Aprovisionamiento cuantitativo y cualitativo de fuerzas dirigentes.

El bien común ordena los ideales del verdadero progreso.

Alcance social de la nueva filosofía económica.

El tono de las relaciones sociales internacionales se ha transformado.

Participación de los dirigentes cristianos de empresa.

La política del verdadero desarrollo implica ciertamente sacrificios que son auténticas inversiones reproductivas.

En esta consideración va implícita la respuesta de la dirección cristiana al problema del desarrollo: **"ella acepta el deber de construir una sociedad más humana, más libre y más justa, una sociedad capaz de desarrollarse económica y socialmente y de integrarse en la comunidad mundial"**. Decimos dirección cristiana porque creemos que está implícita en los términos con que el Romano Pontífice se dirigió recientemente a la UCID italiana (8 de junio de 1964) invitándola a **"elaborar una nueva sociología fundada en el concepto cristiano de la vida y rehacer efectivamente las estructuras económicas de acuerdo con ese concepto"**.

De la calidad de los ideales, de las aspiraciones, de los impulsos de esta capa dirigente, dependerá no sólo la confluencia de los criterios de racionalidad económica y de racionalidad social, moral y humana a través de los cuales deberán los pueblos organizar su desarrollo, sino también el significado global del propio desarrollo.

El desarrollo y la nueva filosofía

El verdadero progreso —que se caracteriza por las nociones de justicia, estabilidad, colaboración social, tales como nosotros las concebimos— encierra una dimensión vertical. Realiza sus metas en función del bien común y a este mismo bien ordena sus ideales, su cultura, su moralidad. Cuando el bien común se interpreta como término de la colaboración internacional, la política de industrialización se convierte en una expresión de civilización. El proceso de desarrollo exige de las clases dirigentes a nivel nacional e internacional premisas e ideales que le den un significado humano y que lo hagan aceptable para todos.

Estas premisas e ideales pueden configurarse en una "nueva filosofía económica" que, sin renegar de los postulados de la ley económica, aprecie los límites de su actuación y su subordinación a los fines éticos y sociales del desarrollo. Con esta filosofía no se atenta contra la noción de la iniciativa privada. Al contrario, se la refuerza, ya que una tal filosofía —con el propósito de sacar a poblaciones enteras de la secular esclavitud de la necesidad— **les confiere a la iniciativa personal y a los dirigentes un título social** que la doctrina tradicional no ha sabido atribuir nunca ni la ha reconocido.

Así los dirigentes tendrán la misión de convertir en **reales y comprensibles** los valores de libertad, verdad y espíritu. El mundo está muy necesitado de que se llene de contenido el concepto de libertad, que se le salve del vacío y de la hipocresía, de que no se le confunda más con otros mensajes que nada tienen de común con el hombre, con la verdad, con la libertad, con el espíritu auténtico.

Conclusión

Si echamos una mirada hacia atrás abarcando los últimos diez años, nos damos cuenta de que —en el itinerario de la solidaridad internacional— se ha recorrido un camino grandioso. Creemos poder afirmar que las relaciones sociales internacionales se han elevado en el sentido de que el problema del desarrollo se ha convertido para la Humanidad entera en un factor de interés, de compromiso y de estímulo.

Nosotros, los dirigentes cristianos de empresa, creemos que nuestra confianza en el hombre no es un optimismo irracional, ni un artificio insensato. Nuestra generación participa íntimamente de la dimensión social de la existencia, pues las comunicaciones y las informaciones tienen la aptitud de convertirlo todo en inmediato y accesible. Estas peculiaridades características de la vida moderna son las que imponen a cada hombre el tema de la solidaridad internacional.

Por su naturaleza, el bienestar de los países evolucionados está llamado a comunicarse para que **todos los hombres tengan acceso al mundo de la libertad** y de la conciencia, redimidos de la esclavitud de la necesidad material. Un bienestar incapaz de comunicarse no sería hoy más que un peligro y un motivo de inquietud para un mundo en que las aspiraciones humanas imponen los tiempos políticos a los tiempos técnicos del desarrollo.

Nos damos cuenta del esfuerzo y de los sacrificios que implica la genuina política del desarrollo. Pero sabemos también que éste es el precio que debemos pagar para que sobrevivan los valores de nuestra civilización. Una civilización que no puede separarse de su raíz: **cristianismo y humanismo**.